DIGAN SUS ELOGIOS

REVISTA CULTURAL Y CAPRICHOS

AGOSTO 2020

NÚMERO

STAFF

Y COLABORACIONES

DSE

Directora editorial: ***Daniela Pasik***
Jefa de redacción: ***Flora Otaño Ezcurra***
Jefa de arte: ***Gladys Bialek***
Corrección: ***Pamela Altieri***
Logo y gráfica: ***Fidel Otaño Ezcurra***
Consejo editorial: ***Mariana Armelín, Martín Gagliano, María Miranda, Flora Otaño Ezcurra, Daniela Pasik y Darío Sosa***

COLABORARON EN ESTE NÚMERO:

Redacción: ***Clara Muschietti, Estefanía Iñíguez, María Paz Tibiletti, María Miranda, Darío Sosa y E. Logian***
Ilustraciones: ***Paula Mariasch***
Fotografía: ***Carla Comper, Vicky Cuomo, Flora Otaño Ezcurra, Negro Pizzorno y Lucía Torres***

AGRADECIMIENTOS:

A ***Julián López*** y ***Vera Giaconi***, por presentarnos a sus gatites (Catita y Mago, respectivamente) y ponerlos a escribir. A la dupla ***Alexandra Passos-Laisa Tapparo***, por miles de tareas de producción, inspiraciones varias y ayuda en la realización de muchas más cosas imposibles de enumerar. A ***Kin***, ilustradora, por su disposición y bello arte que algún día esperamos usar. Y a ***Fausto Pasik***, por la desgrabación de la entrevista y estar a mano para cosas de producción.

DIGAN SUS ELOGIOS
Directora Responsable: Daniela Pasik.
Nº1, agosto 2020.
Bauness 1278, CABA.
Registro DNDA en trámite.

BITÁCORA DE VIAJE

PRESIENTO QUE ESTE ES EL COMIENZO DE UNA HERMOSA AMISTAD

No me suele gustar hablar en primera persona del plural. En general siento que excluye sin querer, cuando su intención suele ser la contraria. "Estamos en estado de felicidad", podría enunciar ahora, pero ese "estamos" no deja claro el quiénes. Y, ante la duda, nadie se siente parte. Lo esquivo también porque en muchos otros casos me parece una sobreactuación de pertenencia que, en definitiva, no dice nada. Se vuelve tan intensa que queda vacía de contenido. Como un slogan. "Tenemos algo fabuloso para mostrar" es lo que evito decir por culpa del "tenemos".

Renegarle a la primera del plural es un tic periodístico, pero también –porque me trasciende el periodismo– es algo neurótico, lo sé. En literatura, para mí, lo importante para narrar es el yo. La primera persona del singular no es un problema. Al contrario. O sí, tal vez lo es ahora porque está de moda eso mal llamado "literatura del yo" y entonces satura (además de que habilita muchas porquerías que deberían quedar en diarios íntimos). Pero me refiero a otra cosa.

Paso a primera, de hecho: yo creo que hay que estar presente en lo que se escribe. Un buen poema, cuento o novela siempre dice y devela una verdad, que no necesariamente tiene que ser la anécdota. Eso lo vuelve interesante. Un poco a partir de esa búsqueda al leer, y por supuesto al escribir, es que se fue armando **DIGAN SUS ELOGIOS**, un proyecto del que solo puedo hablar en primera del plural porque lo mueve un equipo que es una mafia positiva a la que se ingresa con amor y no se sale nunca más.

Por eso me encuentro absolutamente sorprendida, feliz, agradecida de sentirme parte de un "nosotres" como este. Nunca dije un "nos" tan real, del que me sintiera tan parte, sin rastro de duda. Así que puedo escribir que estamos en estado de felicidad. Y también que tenemos algo fabuloso para mostrar, que surge desde un camino que venimos recorriendo. Como lectoras y lectores, como escritoras y escritores. Para darle espacio a la literatura, a la que tiene verdad, la que está fuera de cualquier moda o slogan.

En plan de capturar un poco todo eso, aunque se diluya en el movimiento mismo que implica pensar, hacer, usar, compartir literatura es que planeamos la primera edición de **DSE**. Como si nosotres fuéramos Rick en ***Casablanca***, y quienes lean fueran el capitán Renault, es que decimos: "Este es el comienzo de una hermosa amistad".

Así que acá hay algunos poemas de Clara Muschietti, de su libro ***Podría llevar cierto tiempo***, que nos conmueven y estamos felices de compartir. También tenemos un relato brillante de Estefanía Iñiguez, que además de ser inédito, la estrena como autora publicada, acá, ahora. Hay dos reseñas, la de ***Ultra Tumba***, de Leonardo Oyola, por Darío Sosa, y la de ***Estás muy callada hoy***, de Ana Navajas, por María Miranda. Porque son dos libros de los que se está hablando, pero que decidimos ver y analizar desde un costado sin vicios de crítica ni falsa academia. Además, inauguramos la sección de entrevistas para hablar de lecturas con personas que no se dedican a la literatura; en este caso es una charla con la samurai de ensaladas y el entrenamiento Paz Del Percio, que llevó adelante María Paz Tibiletti. Y cerramos con gatitos que narran cosas, entre otros los de Julián López y Vera Giaconi, porque el mundo sin gatitos nos parece que no tiene sentido.

Gracias por leer,

DANIELA PASIK
DIRECTORA EDITORIAL

UN MÍNIMO DE TRES (Y UN MÁXIMO DE 16) POEMAS DE CLARA MUSCHIETTI

Podría llevar cierto tiempo es un libro que juega degenerada y hermosamente con los límites de la poesía y la prosa. La primera edición fue en 2015 y en menos de un año se había dejado de conseguir. Es una alegría que ahora haya salido reloaded, con editorial y tapa nuevas. Acá, una selección de la autora.

ILUSTRACIONES: PAULA MARIASCH

Foto: Flora Otaño Ezcurra

En el día que de golpe se nubla
hay traición, no podés confiar en nada,
te hacés un té y aunque no creés, pedís por un milagro
a un santo desconocido que alguien
te nombró en una cena de trabajo.

El domingo viste a tu madre, hablaba
en una lengua rara, movía los brazos
y llorar era la única defensa personal permitida.

Comer en familia puede ser un viaje
hacia las formas más primarias.
Aceptaste el plato, el reproche, el postre, el beso,
te abrazaste a tu hermano como si fuera
la última cantimplora en el desierto.
Terminaste el día a oscuras
en la falda tenías una revista dominical
habías leído tu horóscopo, antes
habías preguntado en voz muy baja
si ibas a ser feliz
o no.

Pensé en no salir nunca más del mar, pero los otros desde afuera me hacían demasiados gestos.

1
Ese caballo fracturado en el medio del campo, rodeado de otros caballos que perciben la imposibilidad de movimiento, pero no pueden hacer nada.

2
Un árbol que de tan grande no permite ver que hay detrás. Una imaginación demasiado poderosa.

3
Alguien que me consuele todo el tiempo, por lo que pasó, por lo que pudo pasar y por lo que va a pasar. Que me sostenga, lo más literalmente posible.

4
Un animal doméstico muy enojado me mostró los dientes, no le había hecho nada. Menos mal que no tengo cuatro años y sé, dentro de todo, separar las cosas.

5
El último paseo familiar, con la familia ya quebrada, una mancha enorme, en todo lo que implique algo de cariño.

6
Un puente que separa lo mejor de la vida de lo peor. Cruzarlo sin sentir nada. Una anestesia generalizada en cada vena.

7
El caballo ya no puede arrastrarse, está tranquilo, los otros caballos no comen y fingen dormir.

8
Una madre a veces, una madre a veces, una madre a veces.

9
La casa en obra. El baño y la cocina sin artefactos, sin pisos. Dos agujeros grises. Hay personas que no nacimos para ver el proceso de las cosas.

10
La nostalgia puede ser eso que no sabías que necesitabas. También el monstruo del lago Ness.

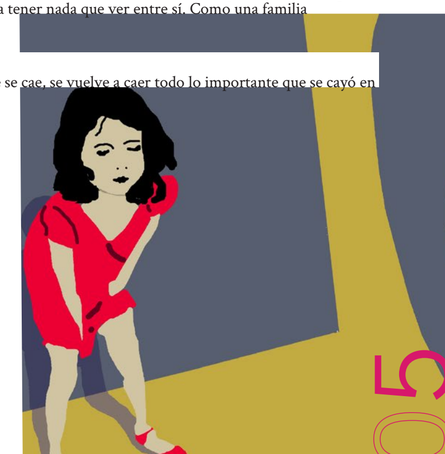
11
Un cajón que no se abre es un cajón que no se abre. El resto corre por mi cuenta.

12
Van a tirar la casa abajo Van a tirar la casa abajo Van a tirar la casa abajo. Nosotros quedamos.

13
Adonde estaba la casa va a haber un edificio con muchos departamentos chiquitos. Mucha gente que no va a tener nada que ver entre sí. Como una familia disfuncional.

14
Cuando algo importante se cae, se vuelve a caer todo lo importante que se cayó en el pasado.

Podría llevar cierto tiempo
(Caleta Olivia , 2020),
de Clara Muschietti.
Se consigue en físico.



PAZ DEL PERCIO

SAMURAI DE ENSALADAS

Foto: Negro Pizzorno

"QUIERO PENSAR QUE ESTOY LEYENDO COSAS BUENAS"

En Instagram también le dicen Samuel, porque en el inicio de su gesta como influencer proletaria propuso hacer un canje con una marca y así la llamó erradamente la persona que le dijo que no. Ella compartió el mensaje en público y ahora es su sobrenombre cariñoso para la gente que la sigue. Baila, cocina, arenga desde las redes, publicó dos libros y, cuando tiene tiempo, también lee.

POR: MARÍA PAZ TIBILETTI

"Yo te enseño a cocinar más fácil, más rico y punto", dice Paz Del Percio, más conocida como **Samurai de ensaladas**. Ese es el nombre de su cuenta de Instagram en la que comparte recetas de alimentación vegana y donde la siguen casi 130 mil personas. Estudió teatro, danza, canto, dramaturgia y por estos días cursa la carrera de Nutrición. A la hora de la literatura, se define como una lectora "medio vaga", pero dice que le gusta meterse de lleno cuando encuentra algo que realmente le gusta.

Ese mismo ritmo fue el que la llevó de las clases de baile que dicta desde 2013 a combinar sabores y colores en **Samurai de ensaladas**, un proyecto que surgió casi por casualidad hace tres años al calor de las redes sociales y que desde entonces no para de crecer. "Un día puse en Twitter si querían que compartiera recetas de ensaladas y un montón de gente se copó. Yo estaba laburando en teatro autogestionado y era siempre remarla demasiado. Con esto pasó todo lo contrario, empezó a funcionar muy bien de entrada y, después de tener una mini crisis, me di cuenta que la cosa iba por acá", cuenta.

A pesar de no ser cocinera, y aun sin proponérselo, logró convertirse en referente de la comida vegana. En 2019 publicó su primer libro, ***La movida del vegano. Guía de consejos prácticos para veganes, vegetarianes y todxs lxs demás***. "Nunca me interesó cocinar y, de hecho, creo que **Samurai** funciona porque incluso ahora tampoco me interesa mucho. A mis recetas las hacés en diez minutos, son súper fáciles. Es cocina para gente que no cocina", explica. Lejos de los estereotipos y las vidas perfectas de Instagram, Paz se destaca en el scroll infinito de poses y filtros por la frescura de sus contenidos, ya sea con consejos de cocina o desde su otro proyecto, Entrenamiento Samurai, en el que propone rutinas de baile "para moverte en cuarentena".

—¿Cómo surgió el proyecto de publicar un libro?
—Fue una propuesta de una amiga que trabaja en la editorial ABRE Cultura. Nos juntamos, me encantó como laburan y se dio así. Fue algo cero buscado. Me gusta tener la experiencia del libro. A mí me divierten las redes, no soy una persona que te va a decir que antes todo era mejor, pero sí creo que sentarte a leer un libro que esté bueno, que te vaya transportando, que te aporte información, con fotos, con colores, está buenísimo. ***La movida del vegano*** es una experiencia única y me copa haber contribuido a que la gente viva eso con algo que me interesa tanto como la alimentación y el veganismo.

—¿Por qué creés que gusta tanto lo que hacés?
—Es raro hablar de lo que una hace, pero pienso que es porque a mí no me va para nada la bajada de línea. No me siento mejor que nadie ni mucho menos. No creo que lo que yo propongo sea mejor que otras cosas que hay sobre el tema. Me parece que hoy cualquiera al hablar de cualquier cosa te baja línea y te mete otros temas: feminismo, política, etcétera. Y son cosas que me re interesan, pero me agobia que las metan en cualquier lado. En **Samurai de ensaladas** yo te enseño a cocinar. Y, sí, te explico por qué hago eso, pero te propongo comer más sano sin ponerme demasiado pesada. Yo tomo Sprite y como papas fritas de paquete, no te voy a decir que sos un imbécil si te comés unas papas fritas de paquete o tomás Sprite. Me parece que ese equilibrio es necesario y está bueno. Creo que algo de eso también hace que funcione.

—¿*La movida del vegano* tuvo la recepción que esperabas?
—Sí, porque ya mientras lo armábamos me daba cuenta de que estaba buenísimo. Además, no hay muchos libros de alimentación vegana en la Argentina. Al menos, no uno así como el mío, que te cuente todo lo que tenés que saber si querés comer de esta manera, con una mezcla de recetas y textos. Me parece que en ***La movida del vegano*** hay tantas boludeces graciosas como información re importante. Y estoy muy contenta con cómo quedó en ese sentido. Así que me imaginé que iba a funcionar, que a la gente le iba a gustar.

—¿Cómo es tu experiencia con la lectura?, ¿necesitás fotos y colores también?
—Aprendí a leer cuando era muy chica. Mis viejos son muy lectores, así que este hábito siempre estuvo incorporado en mi vida. No recuerdo cómo era antes de aprender a leer o cuál fue mi primer libro porque incluso antes de poder hacerlo sola, mis viejos ya me leían mitología griega o cosas así, pero soy una lectora normal. No soy una persona que siempre esté leyendo algo porque laburo y estudio mucho, entonces no siempre tengo el hábito de de la lectura. Leer es algo hermoso, pero para meterme de lleno a prestar atención necesito

un estado de ánimo. En lo más cotidiano tal vez tengo más ganas de boludear en Twitter. Así que hay períodos donde no toco un libro, pero cuando tengo tiempo, por ejemplo en vacaciones o cuando no estoy cursando, leo mucho.

—¿Qué tipo de lectora sos?
—Quiero pensar que estoy leyendo cosas buenas y sentir que mi recorrido de lecturas es importante. Cuando llego a un libro espero que esté bueno. Si pasa eso, me encanta y lo requete leo. Pero después, ya está. Mis lecturas no tienen mucha conexión entre sí.

—¿Qué te gusta leer?
—Soy medio vaga, así que todo lo que implique un esfuerzo me cuesta y lo termino dejando. Cuando estudiaba teatro tuve que leer un montón a Shakespeare, por ejemplo, y ese tipo de cosas no me resultan. Entiendo su importancia, puedo ver lo que tiene de sarpado, pero a la hora de sentarme a leer, me aburre. Tampoco me gusta leer cuentos porque siento que cuando te enganchaste, ya está, se terminó. Lo que sí me gusta son las novelas, y cuanto más largas mejor. Porque me copa leer algo que me gusta y meterme un montón en ese mundo. Igual, no cualquier novela. Ponele, los best seller y ese tipo de libros que la gente lleva a la playa para pasar el tiempo a mí no me llaman la atención. Tengo que sentir que lo que estoy leyendo está bueno, que está bien hecho, bien escrito. Y además me interesa la no-ficción, porque así aprendo sobre distintos temas interesantes.

—¿Qué estuviste leyendo en el último tiempo que te haya gustado?
—Leí ***Galimberti: de Perón a Susana, de Montoneros a la CIA***, la biografía de Rodolfo Galimberti, de Marcelo Larraquy y Roberto Caballero, que es espectacular. Me encantó y además está buenísima porque aprendés un montón de historia argentina reciente. También estuve leyendo últimamente varios libros sobre ciencia. Para mí, viniendo del arte, la ciencia siempre fue un lenguaje ajeno, entonces ahora me estoy metiendo un poco más en el tema por la carrera de Nutrición. Me interesa aprender qué es la ciencia, cuál es su rol, cómo se articula con la sociedad. Leí ***Pensar con otros***, de Guadalupe Nogués, una bióloga que explica cómo se construye el conocimiento científico y cómo combatir la posverdad. Todo eso es algo que me sirve mucho para lo que hago, además, porque muchas veces dentro del veganismo hay un discurso muy obtuso con el que cuesta dialogar. En ese libro se explica cómo funcionan esos tribalismos y por qué es importante salirnos de lo que dice nuestro grupo. Me pareció muy piola. Después leí ***Que la ciencia te acompañe: a luchar por tus derechos***, de Agostina Mileo, que es la Barbie Científica en las redes. Habla sobre cómo se articulan los descubrimientos en la ciencia con el feminismo y me pareció hermoso. También leí mucho los libros de Soledad Barruti, ***Mal comidos*** y ***Mala leche***, y a un divulgador español que se llama José Mulet, que está en la otra punta, pero me interesaba conocer su punto de vista y no solo lo que a priori para mí está bien.

Desde el inicio de la cuarentena, las redes sociales se llenaron de recetas. La vida es una sucesión de masas madre y todo el mundo parece estar viviendo su propio reality de cocina. Igual, Paz dice que no nota un aumento en la cantidad de consultas que recibe en sus redes, son las mismas de siempre, muchas. Tampoco se venden más ***La movida del vegano*** o ***Estrategias Samurai***, el e-book con recetas de cocina práctica, fácil, barata y, por supuesto, vegana, que sacó hace poco. Pero sí cree que la pandemia obliga a pensar en cómo alimentarse. "Es algo que nos tenemos que cuestionar. No puede ser que todo el tiempo haya nuevas enfermedades a causa del modo en que nos relacionamos con los animales. De ahí a decir que el Covid-19 es culpa de la persona que se comió un murciélago, me parece que falta un montón de análisis, pero sí creo que es algo que es necesario que nos cuestionemos. Nadie puede decir que está bien la forma en la que nos relacionamos con la naturaleza y el ambiente", reflexiona.

—¿Es importante incorporar una visión ambiental y política a la alimentación?
—Es un tema del que no sé tanto. Es mi visión, y en la medida en que puedo, trato de compartirla, pero como no soy experta intento que eso no sea un elemento tan fuerte en lo que comunico, porque no me gusta repetir slogans. Sí creo que viviendo en una ciudad, y pudiendo alimentarte con otras cosas, no da matar a un animal. Tenemos que ser más conscientes de lo que consumimos, de cómo nos alimentamos, del nivel de basura que generamos. Hay cosas que me parecen inadmisibles y que es necesario cambiar.

—El humor es un modo de hablar de cosas serias. Se ve en tu libro, como en la forma en la que manejás tus redes, que te alejás del estereotipo influencer. ¿Buscás despegarte de los mandatos sobre lo que hay que hacer para pertenecer?
—Sí, totalmente. Lo de los mandatos lo sufrí mucho en el mundo de la danza. Yo bailé casi diez años y no tengo amigos bailarines, por ejemplo. Tengo gente que si me la cruzo me encanta, la abrazo, pero ese no es mi grupo de pertenencia. En el teatro tampoco me sentía parte. Me parecen todos medio exagerados. Siempre me costó encajar en esos espacios. Entonces, de repente, poder ver esto que pasa con todo lo que se genera alrededor de **Samurai** como algo que me aporta valor, para mí es re gratificante. Porque fueron años y años de sentirme sapo de otro pozo.

Ilustraciones: Paula Mariasch

Foto: Carla Comper

ULTRA TUMBA, DE LEONARDO OYOLA: TRILOGÍA DIVINA DE ZOMBIES, POP Y CÁRCEL

Queen, el sistema penitenciario argentino, una historia de amor y muertos vivos. Nadie más que él podría juntar estas cosas en un mismo universo y hacerlas funcionar. Acá un análisis tan exhaustivo como celebratorio de la última novela del autor matancero que cada día canta mejor.

POR: DARÍO SOSA

Foto: Vicky Cuomo

Un grupo de pibes –bastante complicados con la droga– decide caerle encima al tranza justo en el momento en que el tipo estaba con su amante, un policía. Esa historia le contaron a Leonardo Oyola, y es una buena historia. ¿Qué hizo con eso? Una novela del carajo. Se llama ***Ultra Tumba*** y es su último libro publicado, que en principio solo se había editado en formato digital, pero que ya está también disponible en físico para quien sea fetichista del papel.

La novela relata la historia de amor entre la Oreiro (presa) y la Turca Medina (policía) dentro de una cárcel argentina. Este es el primer acierto, llevar al romance prohibido a un lugar donde no pueda escapar, donde las miradas se multipliquen y casi no exista lo privado, un mundo en el que las convivencias forzadas pintan para largo. La decisión de Oyola no es caprichosa y se nota en la construcción del escenario y el lenguaje de la narradora y sus personajes, y que el autor conoce el universo del que habla; durante varios años fue invitado por colegas a presenciar y dictar talleres literarios en distintos penales.

Es domingo y en el patio de la Unidad Penitenciaria N.º 73, "La Chancheria", se festeja el Día del Niño. Hay show en vivo de una banda de covers y el Sapo Pepe saluda a la nieta de la capa del penal. En el baño, una presa putea porque está descompuesta y se pierde los mejores temas, mientras otra se saca una selfie "poniendo trompita y en corpiño" para mandarle a su pareja. Escondidas en un cuartito, las protagonistas del amor prohibido se dicen que la cosa no da para más.

Oyola pone la tensión en el dolor silencioso de la Oreiro y la Turca, mientras va tentando a quien lee con otros personajes. El ambiente se oscurece poco a poco y de un momento para otro, ¡motín! Policías de rehenes, corridas, armas tumberas que muestran sus filos. Y cuando todo es un quilombo, ¿qué hace el autor? Trae a los pibes de la anécdota a patear la casilla del dealer buscando la merca, pero lo hace desde lo sobrenatural, plantando un ejército de zombies en medio de la guerra por el control de la cárcel.

Entre explosivos y dientes podridos, en un mundo donde desde el vamos no es fácil sobrevivir, el peligro copa la parada resignificando no solo el amor y la libertad, sino también la amistad y los códigos, temas recurrentes en la literatura de Oyola (por ejemplo, en ***Chamamé***, su novela con alma de road movie, en la que la trama gira en torno a la traición).

"Ganás... perdés… Es el riego que debés tomar en el amor". La última novela del escritor matancero está ordenada en 23 capítulos y cada uno tiene un título que va edificando la letra del hitazo de Queen ***It's a Hard Life***. Oyola usa esa estructura como si armara un disco doble conceptual, y cada capítulo fuera una canción con su historia, sonido, pulso y cadencia con los que completará a los personajes mientras nos hace correr, saltar, bailar y hasta calentarnos.

Dentro de la escritura del creador de ***Kryptonita*** (su anterior novela, adaptada al cine por Nicanor Loreti y también hecha serie con el título de ***Nafta Súper***) se destaca su afición a la cultura pop. Así como usa el conocimiento que tiene sobre todo lo denunciable del sistema carcelario argentino para construir ***Ultra Tumba***, también pone al servicio de esta ficción su bagaje cultural de los 80, 90 –y 2000 también– a favor de la construcción de los personajes. Las protagonistas son tan distintas entre sí como lo son la Mujer Biónica de Ricky Martin o Justin Bieber.

Ultra Tumba es una gran novela por su potencia visual (por favor, que alguien haga la película). Aun en los momentos en que la historia se mueve a la velocidad que le inyectan los diálogos, el autor construye al mismo ritmo los cuerpos de sus personajes y los lugares por donde circulan. Siempre con un ojo puesto en las luces y las temperaturas de acuerdo avanza el día y la respiración de cada una de las protagonistas.

Las coreografías que dibujan los cuerpos durante las peleas finales son espectaculares y equilibradas, como también lo son el uso del humor, del terror y de la sangre que por momentos chorrea de las páginas. A eso, al menos yo, también lo pongo del lado de los elogios.

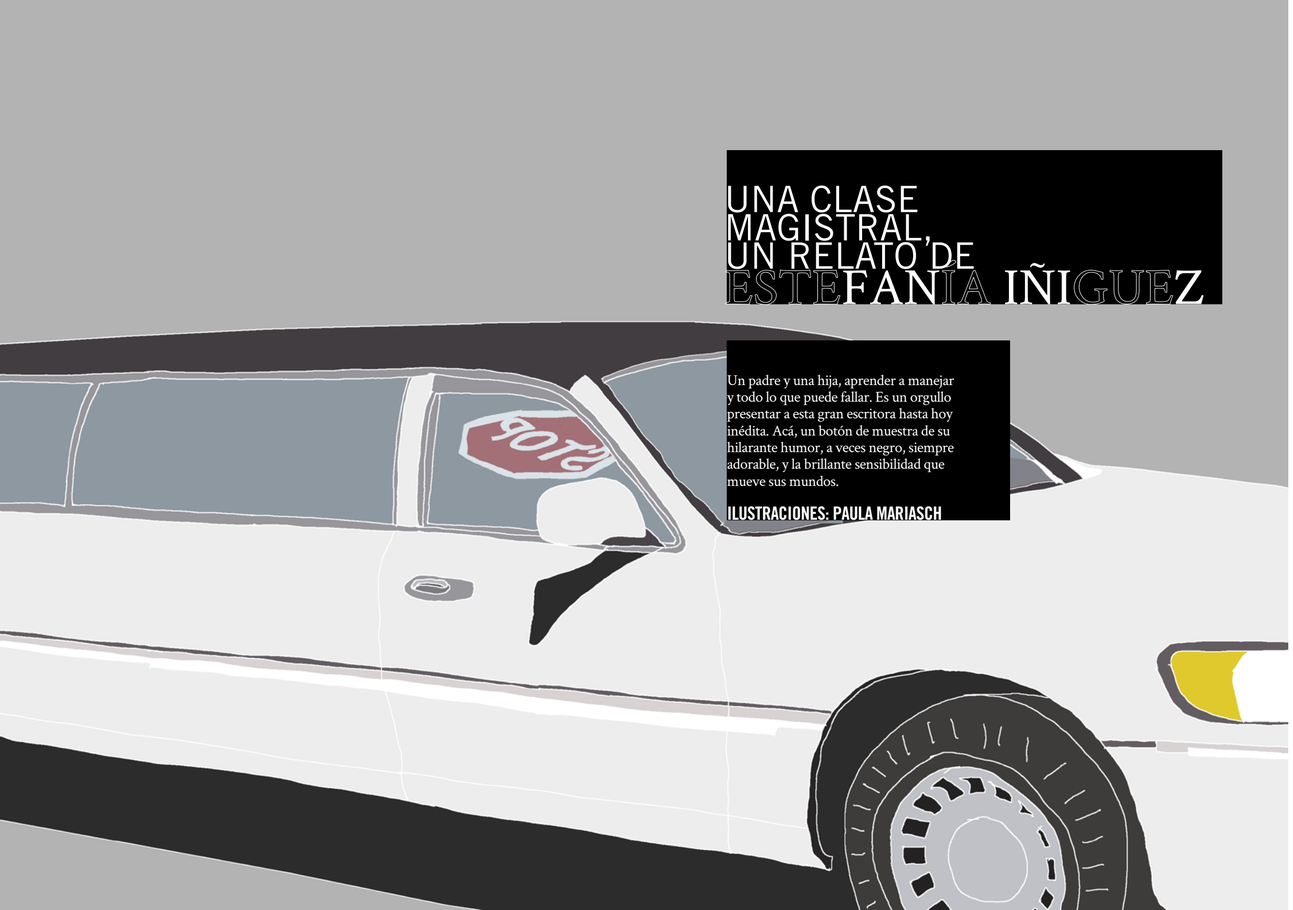
Ultra Tumba (Random House, 2020), de Leonardo Oyola. Se consigue en físico y en digital.

Ilustraciones: Paula Mariasch

UNA CLASE MAGISTRAL, UN RELATO DE ESTEFANIA IÑIGUEZ

Un padre y una hija, aprender a manejar y todo lo que puede fallar. Es un orgullo presentar a esta gran escritora hasta hoy inédita. Acá, un botón de muestra de su hilarante humor, a veces negro, siempre adorable, y la brillante sensibilidad que mueve sus mundos.

ILUSTRACIONES: PAULA MARIASCH



"El acelerador no es el pedal más importante". Así arranca mi papá su clase de manejo. "Está a la derecha y se maneja exclusivamente con el pie derecho, como la caja de cambios, que también está pensada para la derecha", explica. Entonces, al mundo práctico lo dominan los diestros, pienso. De esa tiranía no se salvan ni los hombres.

"El que está en el medio es el freno. Se encuentra a la misma distancia entre una pierna y la otra, pero por alguna razón que desconozco se estableció que tiene que pisarse con el pie derecho. Supongo que es porque se acelera con el derecho, entonces queda más cómodo frenar también con ese pie", sigue hablando mi papá.

Hasta ahora me viene quedando claro que acelerar y frenar es un asunto de derecha. De la izquierda solo es propio regular la velocidad, que es para lo que sirve el embrague. "No te preocupes por ser zurda porque el acelerador no es importante, el pedal más importante es el embrague", me consuela mi papá.

Esta reflexión le viene bárbara para enganchar con su teoría de que hay que aprender a escuchar lo que dice el motor. Además, aprovecha para unir todo con su tratado sobre la palanca de cambios, un objeto que ya desde el nombre avisa de su obsolescencia. Cualquier cosa llamada palanca está pidiendo a gritos que la reemplacen por algo más eficiente.

"Cuando escuchás ese ruido es porque hubo una discusión entre el cambio y el embrague, entonces la caja reacciona mal, se queja". Esta es la manera que tiene mi papá de explicar que el cambio no entró. "Hay que apretar el embrague a fondo y soltarlo de a poquito". Me pide que preste atención, mientras repite mil veces el mismo movimiento. Comete errores a propósito para que yo pueda escuchar cómo se lamenta la caja.

Intento seguirle la corriente, pero no logro ignorar que estoy mirándole la entrepierna a mi papá. Corro la vista de inmediato. Esto, con cambios automáticos, no habría pasado. A lo lejos, el horizonte se funde con el infinito.

Avanzamos, pero la ausencia de tránsito da la falsa sensación de que estamos quietos, como en esas películas que se nota que las escenas en la ruta las grabaron con un decorado de fondo. Muy de vez en cuando pasan otros autos. Algunos llevan familias felices, otros quizás escondan un muerto en el baúl. El viaje se está haciendo un poco largo y me aburro. Me pregunto de qué sirve practicar manejo si no hay nadie en la calle. Miro otra vez a mi padre y sus labios, que nunca dejaron de moverse, vuelven a decir palabras con sentido. O algo así.

"No hace falta tener el pie siempre sobre el embrague. Lo podés dejar acá al costado, en esta lomita que tiene el piso del auto, ¿ves? Esta parte que está un poco levantada fue pensada especialmente para poder descansar el pie". Es tan tierna su forma de hablar que me da un poco de culpa no prestarle atención.

Tiene razón mi papá. El embrague debe ser el pedal más importante, porque de lo contrario no tendría una zona exclusiva de descanso. Eso me hace pensar en los viajes de cinco o seis horas hasta Mar del Plata, cuando era chiquita y viajaba en el asiento de atrás. Llegaba un punto en el que ya no sabía qué más hacer para entretenerme, entonces me ponía a espiar por el hueco que hay entre el asiento del conductor y la puerta, más o menos a la altura de su codo. Me quedaba mirando un rato largo lo que hacía y aunque no entendiera nada, aun así me resultaba fascinante. Podía estar horas sin mover los pies en absoluto hasta que giraba uno varias veces sobre sí mismo. Decía que era para que no se le durmiera y a mí me daba un miedo terrible que nos matemos en la ruta.

"Ya casi estamos, hija. ¿Preparada?". Vuelvo a la realidad con sus palabras. El predio de atrás del autódromo es una playa de estacionamiento gigante a donde van a practicar muchos principiantes. Ni bien llegamos, la veo salpicada de autitos chocadores que se mueven como si tuvieran la batería gastada: lentos, deficientes.

Antes de que me toque agarrar el volante, pasamos muy despacio por entre medio de un montón de esos autitos. La mayoría van piloteados por chicos y chicas de mi edad, pero también hay algunas señoras que podrían ser mi madre. Los encargados de enseñar a manejar son todos hombres. Eso siempre me llamó la atención, pero ahora además me molesta.

El rugir de la carrera le pone un toque especial al paisaje. Los domingos el autódromo se convierte en un animal salvaje. Huele a caucho quemado y suena a selva. Apenas me instalo en el asiento del conductor, siento unas ganas irresistibles de meterme en la pista. El ruido me calienta la sangre. Creo que soy superior a todos esos que todavía no saben ni poner el auto en marcha. A diferencia de ellos, esta no es mi primera clase de manejo. Y, también a diferencia de ellos, no fue mi papá el que me enseñó. Yo aprendí con mi mamá, a escondidas.

Hace dos años, cuando todavía estaba en la secundaria, cada tarde después del colegio le pedía a mi mamá que me llevara a lo de alguna amiga. Era ella la que a mitad de camino me hacía agarrar el volante. Para mí esto no es nuevo, yo ya sé manejar. Se supone que la de hoy es algo así como una práctica para fijar conceptos. Una clase magistral.

Me acomodo en el asiento, lo tengo que tirar un poco para adelante porque soy petisa. Arreglo los espejos laterales, le pido a mi papá que me traiga el del acompañante un poco para adentro y para abajo, pero no tanto, ahora un poquito para arriba. Listo, así está perfecto. Mientras trato de encontrar la posición correcta, me cae la ficha de que estas indicaciones las voy a tener que repetir durante toda mi vida.

Acomodo el retrovisor, no puedo evitar sentirme una forajida cada vez que me veo los ojos en el espejo. Abrocho el cinturón de seguridad, enciendo el motor, aprieto el embrague y pongo primera. Como si fuera cosa de todos los días. Pero a la caja de cambios le da por chillar y yo miro a mi papá con cara de "ni idea qué fue eso". Trato de salir lo más rápido posible, pero cuando suelto el embrague, el auto se apaga. Me pongo roja tomate.

Quiero que me trague la tierra. Hasta ese momento yo era la que, si quería, se podía infiltrar en el autódromo y subir al podio de Carburando. Odio que suceda esto justo frente a mi papá. Las veces que manejé con mi mamá, nunca pasó algo así. Sin lecciones, sin metáforas pelotudas. Vuelvo todo para atrás y pongo punto muerto.

Una vez que enciendo el motor, no me queda otra que ir a lo seguro: salir arando. Hago una maniobra rápida para no darme contra un Gol negro que se mueve indeciso. Me siento tan poderosa que, cuando termina el peligro, miro por el retrovisor para guardarme de suvenir la cara de susto del chico principiante. Sonrío un poco y me seco con disimulo la transpiración de las manos.

Al lado del playón del autódromo hay un brazo de cemento que se abre en línea recta. Una arteria perdida y, a primera vista, infinita. Se ve ideal para pasar todos los cambios. Voy hacia ahí sin dudarlo y aunque mi papá no dice nada, de reojo veo que tantea el freno de mano. No le hago caso. Solo pienso en llegar a poner el auto en quinta antes de que se termine el asfalto. El monumento del Parque de la Ciudad se levanta a mi derecha como una torre de control.

Los tres primeros cambios los tengo bastante aceitados. Una vez, un amigo lo definió muy bien: "manejar en ciudad es andar siempre en tercera y a no más de 50 kilómetros por hora". Por primera vez tengo la posibilidad de levantar un poco la velocidad y ver qué se siente. Desearía que el auto fuera un descapotable, para vivir la experiencia completa. Que en el estéreo empiece a sonar ***You Could Be Mine***. Que mi viejo no estuviera sentado al lado, controlándome. Me conformo con bajar un poco la ventanilla.

Cuando llego a cuarta me como un pozo y los dos saltamos en los asientos. Mi papá apenas roza el techo con la cabeza, pero eso le basta para aferrarse aún más al freno de mano. "Tranquila, hija". Su voz llega como un susurro tibio. Me gusta sentirme liviana. Deslizarse sobre ruedas es bastante parecido a tirarse por un tobogán.

La pista es cada vez más corta, pero me aseguro de llegar a quinta antes de que se termine. Aunque sean unos pocos metros. Entonces, el tiempo y el espacio se condensan en una milésima de segundo en la que alcanzo a clavar el freno justo sobre el borde de la calle. Lo que hay más allá es descampado, tierra seca. Mi cuerpo se imanta contra el asiento, el respaldo es como una aspiradora que me absorbe y después me expulsa hacia adelante. Aunque mi cabeza rebota, algo tironea de nuevo para atrás. Es el cinturón de seguridad, que le pone punto final a esta coctelera. No duró nada, pero igual estoy agitada y el corazón me late a mil. En mi mente, acabo de salvarnos de caer a un precipicio.

Miro a mi viejo, cómplice, esperando que me felicite por la hazaña. Tiene la cara apoyada sobre el tablero. Los ojos cerrados. El cuerpo quieto. Se me derrumba la vida cuando veo que no lleva puesto el cinturón de seguridad. Empiezo a sacudirlo, le grito que por favor reaccione. No sé en qué idioma rezar para pedir ayuda, cuando de repente veo que abre los ojos. Ve mi alivio y se empieza a reír. Primero con un poco de dolor y después cada vez más fuerte, con esas carcajadas que solo le escuché alguna vez mientras miraba tele.

—¿Qué hiciste, hija?
—Nada, pa. Quería probar los cambios.
—No, fijate bien. ¿Qué hiciste? —dice retomando su tono de instructor de manejo y señala para abajo con el mentón.

Lo veo y no lo puedo creer. Nunca frené. Lo que hice fue apretar a fondo el embrague. Mi papá sonríe con cara de "mirá que te dije". Recién ahí me doy cuenta de que él accionó el freno de mano para salvarnos.

El sol del atardecer arde a lo lejos, recorta nuestras siluetas sobre naranja, enmarcadas por el parabrisas trasero. La cámara se retira en una retrospectiva que dura todo el trayecto de esa calle perdida, infinita, y se detiene en la cara de susto del chico del Gol negro.

ESTÁS MUY CALLADA HOY, DE ANA NAVAJAS: EN DEFENSA DE LA VOZ PROPIA

La intimidad de esta primera persona es tan verosímil que se podría creer que la autora, en un acto de demencia exhibicionista, publicó su diario íntimo. Pero no. Es una detallada construcción literaria. Acá, el análisis minucioso de una novela genial.

POR: MARÍA MIRANDA

La historia que relata Ana Navajas en ***Estás muy callada hoy*** atrapa desde la primera página y lleva a quien lee a consumir con ritmo acelerado cada línea de ese diario ficcional en el que la protagonista-narradora desahoga sus pensamientos, enojos, tristezas, frustraciones y reflexiones.

"Hay ciertas cosas para las que idealmente uno necesita prescindir del público. Como cagar, como morir", afirma la protagonista, como una revelación y conclusión a la que llega desde el inicio de la historia. A lo largo de esta primera novela, la autora regala minifrases dignas de ser remeras, con reflexiones sobre el paso del tiempo y los vínculos que se desgastan y se regeneran o, simplemente, mueren.

La trama está planteada desde el inicio: la muerte de su madre, una pérdida física que la protagonista asume superar, pero que atraviesa el texto de diferentes maneras y pone en evidencia la relación que supo construir con su familia, con sus amistades y con ella misma.

La narradora es de familia pudiente del litoral. La historia, como ella, va y viene entre su casa natal, su casa de la ciudad y la casa de sus suegros. Ningún lugar lo siente propio. La huida resulta una salida fácil, aunque de donde nunca puede escapar es de ella misma, como cuando dice: "Fumo un cigarrillo mirando el paredón gris de aire y luz de mi departamento. Parece un paredón de fusilamiento de lunes a la mañana. Pero es martes, no tengo de qué quejarme. Cómo voy a estar triste si lo tengo todo".

Tiene hijos, un matrimonio de veinte años y dos profesiones: ama de casa y escritora. Tiene amistades superficiales, hermanos y un padre. Pero transita un vacío. "Cuando era chica no me gustaba estar sola. Pero de tanto estar sola, al final me acostumbré y ahora la gente me cansa. Estoy mal entrenada", se excusa, a la vez que busca comprenderse y conocerse.

En cada capítulo, armando una polifonía interesante, Ana Navajas construye el silencio de una forma inteligente y, a través de los otros personajes, también va terminando de mostrar a la narradora. Otro punto a destacar es la dinámica familiar: la de la protagonista como madre, como esposa, como hija de su padre viudo, de su madre muerta y como hermana de su hermano y de su hermana. Y en esa dinámica, la autora pone con sutileza inteligente a la maternidad como punto de debate.

Es interesante la forma en la que Ana Navajas trabaja los diálogos y el modo en el que la historia viaja entre pasado y presente sin generar confusión. Aunque nunca se hunde en descripciones largas, la autora siempre brinda los detalles justos y necesarios para dejar ver escenarios y personajes.

La novela es breve en todos los sentidos. Tiene 143 páginas, capítulos pequeños, oraciones cortas y un ritmo ágil para la lectura. Pero no por eso es liviana. La voz narrativa es fuerte, seca, directa. Entre hilos mentales infinitos y conversaciones eternas de la narradora consigo misma, Ana Navajas teje una telaraña que no asfixia ni aburre, es más, deja a quien lee con preguntas para hacerle al texto, a la protagonista, que solo busca una cosa entre tanto ruido cotidiano: estar sola.

Estás muy callada hoy (Rosa Iceberg, 2019), de Ana Navajas. Se consigue en físico y en digital.

Ilustraciones: Paula Mariasch

Foto: Lucía Torres

CAPRICHOS

GATITES & ESCRITORES, UN SOLO CORAZÓN

El deseo, la aspiración, es oírles ronronear "te amo". Pero no es lo que de verdad nos comunicarían. Aman interrumpir lecturas, interponerse entre el teclado y quien escribe, impedir la visualización de la pantalla. Si pudieran hablar, qué dirían nuestros gatites. Acá, un ensayo coral de algunos felinos fabulosos, que soportan con amor a sus humanes.

POR: E. LOGIAN

Diría que me ama. Ciertamente, diría que me ama. Que me ama mucho. Que soy el amor de su vida. Que no hay nada como nuestro amor. Que nuestro amor tiene siete vidas y todavía estamos en la primera, corazón. Seguro, diría que me ama mucho. Mi gato y yo. Oh.

Sin embargo, sabemos que escuchar estas palabras, "te amo", no es nada seguro. Por esto hice del deseo de escuchar que soy amado por mi gato (se llama Whisky), mi primer capricho. Y como me rodeo de lo mejor, participan de este experimento gente muy top.

Julián López, que deja claro en sus novelas *Una muchacha muy bella* y *La ilusión de los mamíferos* que es experto en el amor y el desamor, comparte mi sentimiento de duda sobre el afecto felino. **Vera Giaconi**, autora de *Seres queridos* y *Carne viva*, apunta a la plenitud de su gato. A **Daniela Pasik**, que escribe sobre porno, química y terror, además de dirigir esta revista, la obligué a optar por uno de sus dos gatos para hacerlo hablar, y tuvo que dejar fuera a Carlos Alberto.

Y por supuesto que puse a parte de mi equipo al servicio de mi capricho, porque son lo más. Así que también sumé a **Martín Gagliano**, **María Miranda** y **Mariana Armelín**, del Consejo editorial. Y a otra gente que siempre me gusta tener cerca, como **María Paz Tibiletti**, periodista de lujo y fabulosa autora de narrativa que tengo en carpeta para pavonearla pronto.

Acá está, este es, el primer capricho de una serie.

GATITA, CATITA. HUMANO, JULIÁN LÓPEZ
Si mi gata pudiera hablar diría: "Julián, eres el hombre más fascinante que he conocido y me has cautivado, como sabes, soy una gata simple y adoro adorarte, eres elegante y sexy. No he conocido a nadie como tú y te aseguro, conozco muy bien el medio de las gatas y sé que eres único, mi cielo".

GATITO, MAGO. HUMANA, VERA GIACONI
Y si pudiera hablar, cosa que está por pasar en medio de esta cuarentena compartida, el 90 por ciento de las veces pienso que me mira y, que si pudiera diría: "calmate". Pero dicho con amor y cierta impaciencia.

GATITO, LUIS ALBERTO. HUMANA, DANIELA PASIK
Si pudiera hablar no me hablaría, pero sí diría para sí mismo: "El calor me invita a dormir, ya no soy un gato, me hice esquirla felina en la mesa". Luego se quedaría dormido y, en la relajación, se le asomaría su colmillo de vampirito. Ya en medio de la profundidad del sueño, suspiraría de placer, pero igual siempre alerta por si viene el malvado Carlos Alberto a atacarlo.

GATITO, CHEGUSÁN. HUMANO, MARTÍN GAGLIANO
"Si para vos el plato está vacío, gritá hasta que te lo llenen".

GATITO, GATO. HUMANA, MARÍA MIRANDA
"Estoy harto de que no me dejen salir al balcón desde que decidí tirarme por la ventana".

GATITO, MILO. HUMANA, MARIANA ARMELÍN
"La triple vida me estaba matando. Era Oscar enfrente y Clementina al lado del chino, pero me quedo con esta donde soy Milo, el rey".

GATITA, PALTA. HUMANA, MARÍA PAZ TIBILETTI
"¿Qué onda esta humana que no se va más de mi casa?"

Muchas gracias por la producción de este capricho, ayuda en la idea general y mil cosas más imposibles de enumerar, a Alexandra Passos y Laisa Tapparo.

DIGAN SUS ELOGIOS

Y esto es todo, por ahora.
Este ejemplar se terminó de ensamblar a fines de julio de 2020, remotamente por pandemia, en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.
Queda permitido bajarlo, sugerimos lo coleccionen y esperamos lo atesoren.
Hasta el próximo número.